

V.

EL CAIRO.

Al día siguiente, al rayar el día, levamos ancla, y nos aproximamos rápidamente á las pirámides, que parecían salir á nuestro encuentro é inclinarse sobre nuestras cabezas. Al pié de la cadena libica, pelada y estéril, á través de los vapores arenosos que condensaban la atmósfera, comenzábamos á percibir las torres y cúpulas de las mezquitas coronadas por sus medias lunas de bronce. Poco á poco aquella cortina, impulsada ante nosotros por el viento norte, que impelia nuestro barco, se elevó huyendo por encima del gran Cairo, y nos descubrió las altas azoteas de la ciudad, cuya base estaba todavía oculta por las orillas elevadas del río. Avanzábamos velozmente, y estábamos ya casi á la altura de las pirámides de Gyzé. Mas allá y sobre la misma orilla, se mecía graciosamente el bosque de palmeras que crece en el sitio donde estuvo en otro tiempo Menfis, y costea la ribera donde se paseaba la hija de Faraon cuando salvó á Moisés de las aguas : por encima de esas palmeras, entre una espesa brúma, no de niebla sino de arena, distinguíamos las rojizas cúspides de las pirámides el

Sakkara, esas seculares antepasadas de las pirámides de Gyzé. En breves instantes pasamos entre muchos barcos cargados de esclavos : uno de ellos contenía mujeres. Al punto que las vió el patron, clavó un puñal en el palo mayor y echó sal en el fuego : esta doble operacion tenia por objeto neutralizar el mal de ojo. El conjuro fué eficaz : una hora despues desembarcamos sin accidente en Schoubra, en la orilla derecha del Nilo. Nos enseñaron á alguna distancia la casa de campo del pachá : era un edificio encantador rodeado de frescura y verdor.

Aquí encontramos burros y burreros, aquellos mejores y mas altos que los de Alejandria, los otros mas solícitos y mas luchadores todavía, si es posible, que sus colegas de orilla del mar. Ahora, instruidos ya por la experiencia, nos guardamos bien de hacer los melindrosos, y tomando por una hermosísima calle de sicomoros cuyas sombrías copas interceptaban los rayos del sol, nos dispusimos á caminar rápidamente la legua que nos quedaba que andar.

Toda la diferencia que el desembarco habia producido en nuestra manera de viajar era que en lugar de subir el Nilo en barco, seguíamos su ribera en burro. Por lo demás, como nos hallábamos en una elevacion de unos treinta piés, el horizonte era mas extenso, veíamos frente á nosotros la isla de Rondah, base del monumento donde se conserva el nilómetro, instrumento destinado á medir las inundaciones del Nilo : algunas líneas trazadas en él indican los años en que la creciente del río, llegando á una altura desacostumbrada, produjo una fertilidad memorable. Allí es donde todos los años, los cheiks de las mezquitas publicando la elevacion de las aguas, dan la medida de los regocijos á que se pueden entregar, ó como musulmanes resignados, anuncian la esterilidad próxima, el ayuno y el hambre á que la insuficiente crecida del río condena á los habitantes de sus riberas. En aquel momento teníamos á nuestra derecha las pirámides de Gyzé que descubríamos desde su cúspide á su base, así como la colina formada por la grande esfinge que las guarda hace tres mil años, y que tiene vuelto hácia el mausoleo de

los Faraones su rostro de granito, mutilado por los soldados de Cambises. En fin, á nuestra izquierda se extendia la vista por el campo de batalla de Heliópolis, á que dió celebridad Kleber, y cuya vasta soledad, que se extiende hasta mas allá de donde alcanza la vista, no está animada mas que por un sicomoro, que reverdece en medio de la ardiente arena del desierto. Nuestros guias nos le hicieron observar; porque una tradicion árabe refiere que bajo este árbol descansó María cuando huyendo de la cólera de Herodes, *José*, dice san Mateo, *cogió de noche al tierno infante y á su madre y se retiró á Egipto*. Segun los mismos mahometanos, al amparo que prestó á la madre de Cristo debe este árbol su milagrosa longevidad y su verdor eterno.

Entretanto habíamos llegado á Boulak, especie de arrabal del Cairo, centinela de la ciudad, encargado de guardar la puerta. No nos faltaba ya mas que media legua: dirigimos una mirada á la rada llena de animacion por una multitud de lanchas y djermes que remontando el Nilo, llevan los productos de los jardines, ó bajando por él, las mas sabrosas frutas del Alto Egipto, que no puede madurar el sol demasiado débil del Delta. En la aldea denotaba la poblacion por su número y actividad la aproximacion de una gran ciudad; enseñé los muros á Mohammed: comprendió este mi deseo.

— *El Masr*, exclamó; y poniendo su burro al galope, nos invitó con la accion á seguirle. No nos hicimos repetir la invitacion, y nuestras cabalgaduras que conocian volvian á sus casas, secundaron con la mejor voluntad nuestra impaciencia. No tardamos en ver el Cairo completamente aislado en medio de un Océano de arena, cuyas abrasadoras olas baten sin cesar sus flancos de granito, en las que concluirian por abrir brecha, si dos veces al año, el Nilo, poderoso auxiliar, no librase momentáneamente á la ciudad de ese molesto sitiador. A medida que nos aproximábamos, distinguíamos los variados colores de los edificios y los dibujos elegantes de las cúpulas, y por encima de las matizadas aspilleras que coronan las murallas, lanzándose al aire semejantes á las piezas de un inmenso juego de ajedrez, los

medenehs de trescientas mezquitas; por fin, llegamos á la puerta de la Victoria, la mas linda de las setenta y una que rodean el Cairo, y por la que Bonaparte entró al dia siguiente de la batalla de las Pirámides, el 29 de julio de 1798.

Apenas entró en la ciudad Mr. Taylor, que sabia el inconveniente de pasearse por el Cairo al modo que un provinciano que llega á París, se dirigió al galope por una de las calles que se nos presentaban: nos vimos precisados á seguirle por temor de extraviarnos; efectivamente, veíamos que nuestros vestidos á la europea atraian sobre nosotros la atencion de una manera poco favorable; hay momentos en que se adivina el peligro sin verle, por instinto y como por presentimiento. Sobre todo, el uniforme de los oficiales de marina preocupaba singularmente á los siervos del Profeta. Redoblamos, pues, nuestra celeridad, tropezando Turcos y Arabes que pasaban con sus brillantes trajes ante nuestros deslumbrados ojos, y nos gritaban: *yamin ó chemal*, es decir, á derecha ó á izquierda, segun que esta maniobra les parecia necesaria de nuestra parte para que no se les estorbaba en la línea recta é invariable que seguian gravemente, fuese á pié ó á caballo. En fin, despues de una de esas carreras como se dan en sueños, en medio de seres fantásticos y desconocidos, á través de las estrechas y tortuosas calles que nos hacia pasar Mr. Taylor, porque era el camino mas corto, llegamos al centro del barrio franco, y desmontamos á la puerta de un parador italiano.

Nuestro primer cuidado fué mandar nos enviasen un sastre: nuestro mesonero nos proporcionó uno al instante. Era un Turco de pura raza. Nos dió á elegir telas, y sacando del bolsillo de su pantalon un hilo del que pendia un plomo, le colgó de modo que encontrase su nivel desde mi espalda, en que le apoyó, hasta el empuje del pié, y leyó el grado que sobre el hilo estaba marcado; hizo lo mismo con cada uno de nosotros, y salió: la medida estaba tomada.

Terminada esta operacion, pensamos en otra no menos urgente: la preocupacion de los grandes recuerdos que se presentaban á nuestra imaginacion, el aspecto grandioso

del paisaje, el deseo vehemente de llegar al Cairo, nos habia hecho olvidar del almuerzo; mas apenas estuvimos en nuestra habitacion, donde la falta de vestido nos detenia hasta la noche, nuestro estómago reclamó con viva instancia la doble racion que le era debida. La peticion era muy justa para que nos apresuráramos á satisfacerla. Llamamos á nuestro huésped, encantados de encontrar con quien hablar sin necesidad de intérprete, y le pedimos de comer. Media hora despues dispusieron en nuestra habitacion un servicio á la europea: confieso que no dejé de satisfacerme el sentarme cristianamente á una mesa. Sin embargo, nuestra preocupacion gastronómica no llegó hasta olvidarnos de Mohammed; le llamamos por la ventana del patio, y á nuestra llamada ocupó su sitio en el suelo, cerca de nosotros.

Si nosotros le habíamos divertido al principio de nuestro viaje, cuando nos habia sido preciso reemplazar únicamente con nuestros dedos la cuchara, el tenedor y el cuchillo, en aquel momento éramos nosotros los que triunfábamos; el pobre diablo estaba asombrado de vernos manejar tan diestramente instrumentos que le eran desconocidos. Intentó imitarnos; pero despues de haberse pinchado los labios y las encias dos ó tres veces, volvió á su sistema natural y dejó á un lado cuchara, tenedor y cuchillo. La suntuosidad de la comida no admiró menos su frugalidad árabe; pero acerca de este segundo punto fué mas fácil de acomodarse que sobre el primero: comió de todo, y todo lo encontró completamente bueno.

Llegada la noche nos aprovechamos de la oscuridad para recorrer las calles que conducian al consulado de Francia. El vice-cónsul, entusiasmado al ver compatriotas, quiso darnos una pequeña fiesta: media docena de músicos del pais llegaron, se sentaron en cuclillas eu círculo frente al divan sobre que estábamos sentados, afinaron sus instrumentos con una seriedad imperturbable, y comenzaron á tocar aires nacionales alternados con cantos. Necesario es haber oído la música turca ó árabe para formarse una idea del grado á donde puede llevarse lo grotesco; aquello era

de lo mas completo, y sin la precaucion que los músicos habian tomado de bloquearnos, mis recuerdos de los Bufos hubieran predominado sobre mi cortesania natural, y hubiera emprendido la fuga al cuarto compás. Despues de dos horas, las mas atroces que he pasado en mi vida, los instrumentistas se levantaron por fin, siempre graves y tiesos, á pesar de la mala jugada que acababan de hacernos, y salieron. El vice-almirante nos dijo entonces que para hacernos los honores debidos nos habian tocado su música mas grave; pero que otra vez les oiríamos *cavatinas* mas vivaces y alegres.

Volvimos al hotel conducidos por un *caffa* que marchaba delante de nosotros alumbrándonos con una linterna de papel pegado sobre una espiral de alambre; las calles estaban completamente desiertas. Entramos en la posada sin encontrar alma viviente y nos acostamos en buenas camas: era la primera vez que lo hacíamos desde Alejandria.

Por mas que tuviesen una gran superioridad los catres sobre los divanes, y los colchones sobre las alfombras, tenia yo los nervios tan extraordinariamente afectados por la música infernal con que nos habian obsequiado, que no pude dormir. No tardó una causa extraña y física en unirse á la irritacion nerviosa que me tenia despierto: sentí saltar y correr sobre mi cama animales que no podia distinguir en la oscuridad, y que á pesar de mi ligereza en perseguirlos con la mano en cuanto sentia sus pasos sobre alguna parte de mi cuerpo, se me escapaban con una destreza y una sagacidad que anunciaba de parte suya una gran práctica en aquel género de ejercicio; en un momento de descanso en que estaba yo de espera, oí á Mayer, acostado en el otro extremo de la habitacion, andar á la misma caza. Entonces ya no tuve duda; era un ataque en regla y combinado; nos aliamos al punto de palabra, y habiéndonos informado mutuamente de la critica situacion en que nos encontrábamos, nos apoyamos en las cabeceras de nuestras camas para no ser sorprendidos por detrás, y comenzamos una defensa en

toda regla. Pero mi actitud y la palabra eran impotentes; como el mameluco

que combate, carga, huye y vuelve á huir

nuestros enemigos eran inagarrables: tomé el partido, con mi vela apagada en la mano, de hacer una salida hasta la antesala donde ardía una lámpara, y volví á entrar inmediatamente con la luz. Esta vez, si no habíamos podido tocar antes á nuestros antagonistas, podíamos al menos verlos; eran enormes ratas viejas y gordas como patriarcas; al aspecto de la vela encendida verificaron su retirada con el mayor desorden y dando gritos de espanto por debajo de la puerta, á la que faltaba para llegar al suelo cerca de cuatro pulgadas. Entonces nos ingeniamos como pudimos para cerrarles aquella retirada: despues de proponer muchos medios sin resultado aceptable, ví que habia llegado la hora de una grande abnegacion, y, nuevo Curcio, sacrificué mi redingot que arrollé como un rodillo y con él tapé la puerta. Apenas nos habíamos vuelto á acostar y apagado la luz, volvió á comenzar el sitio; pero ahora la entrada estaba tapada y nos dormimos con la seguridad de que mi táctica habia tenido buen éxito.

Por la noche habia yo puesto un redingot bajo la puerta; al dia siguiente me encontré una chaqueta redonda irregularmente roida: los faldones habian desaparecido, eran los despojos ópimos.

Este déficit en mi traje, unido á la imposibilidad de salir, sin exponerme á injurias, del barrio franco donde no hay nada muy curioso que ver, me detuvo en la posada. Aproveché este dia de cuarentena para consignar en el papel algunas reflexiones arquitectónicas, resultado de antiguos estudios que habia hecho con Mr. Taylor en el Norte y de los nuevos que acababa de empezar con él en Oriente.

La arquitectura árabe presenta al primer golpe de vista un carácter de extraña individualidad que la hacian mirar, así como ciertas plantas indígenas que crecen en el suelo,

como pertenecientes esencialmente al pais, y sin que tengan nada análogo mas que un cierto radio oriental. Sin embargo, por mas que esta hija ingrata se cobije misteriosamente bajo su cúpula de oro, ciña su cabeza de versículos escritos en una lengua desconocida que la oprimen la frente, como los listones jeroglíficos de una momia egipcia, y envuelva su talle en un manto de mármol de mil colores, una vez que la mirada del arqueólogo, familiarizada con la deslumbradora belleza de su ornamentacion, descienda á detalles particulares del plan general, una vez levantada la primera cubierta, toda vez, en fin, que se quite la corteza al objeto, se reconoce en sus músculos, en sus órganos, la antigua familia, el origen comun, el fraternal manantial donde el Norte y el Oriente, el cristianismo y el mahometismo han ido á buscar lo que á cada una le faltaba propiamente, es decir, la mano que debía trazar el plano de las mezquitas del Cairo y las basílicas de Venecia.

Porque hé aquí, en pocas palabras, la historia completa de la arquitectura. Nacida en la civilizacion antigua de la India, comenzó por construir cavernas antes de edificar palacios; tuvo templos monólitos antes de tener catedrales aéreas; despues y paulatinamente, lo que estaba debajo subió á la superficie, y aquel dia salió á luz el arte de las grandes naciones y de las grandes épocas.

¿Atravesó la arquitectura india el mar Rojo para pasar á la Etiopia? Esto es lo que se ignora. La egipcia ¿fué su hermana ó tan solo su hija? No se sabe; solo sí que partió de Meroé, grave y poderosa como una progenitora, edificó á Philoe, Elefantina, Thebas y Tentyra, se detuvo despues mirando las murallas de Menfis levantarse bajo las manos de hombres extraños que subian por el Nilo, por cuya corriente ella bajaba. Esta es la segunda época del progreso, que precede á la época del arte; es la época en que se levantan, por medios dinámicos desconocidos en nuestros dias, masas gigantescas sobre bases monólitas; es la época en que el arquitrabe de un solo trozo reuniéndose en el centro del capitel forma la bóveda cuadrada, plana y ma-

ciza; es la época, en fin, en que todos los monumentos, cualquiera que sea su destino, demostrarán en su aspecto haber sido edificados por gigantes. Así, la palabra grandiosa es la idea dominante en aquella época, y está escrita desde Babilonia á Palanqué, y desde Elefantina á los muros de Esparta, no ya con piedras sino con rocas.

La Grecia sucede al Egipto: la hija graciosa y coqueta á la madre silenciosa y velada; el arte á la idealidad, lo bello á lo grande. Entonces nacen palabras desconocidas, la pureza, la proporcion, la elegancia: Atenas, Corinto, Alejandría derraman un pueblo alegre de ninfas bajo cuatro órdenes de columnas; la construcción queda estacionaria, la ornamentación se eleva á su apogeo.

Viene despues la laboriosa Roma con su multitud de obreros y soldados, para quien el granito, el pórfido y el mármol son ya raros, á causa del gasto que de ellos han hecho sus mayores, y que no posee mas que el artificio. Es preciso que los materiales menudos sucedan á los grandes; pero la ciencia viene en ayuda de la pobreza é inventa la bóveda semicircular. La cimbra forma desde entonces el carácter principal del arco romano, porque la aplica á todo, á sus templos, á sus acueductos, á sus arcos de triunfo; únicamente en las extremidades y sobre los límites de su imperio, se reflejan los países que están vecinos. En Petra, excava palacios monólitos como en la India; en Persépolis, reemplaza el capitel toscano ó corintio con la cabeza de los elefantes de Darío ó de los caballos de Jerjes.

De repente es interrumpida esta inmensa Babel; el Oriente lanza el Norte sobre el Occidente, y los dos caen rodando sobre el mundo caduco al que rodean como una serpiente, inundan como un mar, devoran como un incendio. Roma, la reina del mundo, prepara apresuradamente su arca santa, que aborda á Bizancio con la semilla de cada arte, como Noé aborda al monte Ararat con el germen de cada raza.

Sin embargo, no solo ha sucedido un mundo á otro, sino que en medio de ese cataclismo se ha dejado oír una voz

del cielo; una nueva idea ha sido formulada, ha brillado un simbolo desconocido, se necesitan monumentos que representen esa idea, una base para elevar ese simbolo; los bárbaros vuelven los ojos hácia Bizancio, y reconocen la cruz sobre la cúpula de Santa Sofía; el simbolo y el monumento están reunidos, la idea cristiana está completa.

Mas si la fe existe en todas partes, allí está el arte, allí la luz; allí es donde el cristiano debe ir á buscar sus artistas, y el Arabe sus arquitectos; porque el Arabe es ignorante, bárbaro y fogoso como el cristiano. Bizancio es, pues, el comun manantial; su hijo llamados á la reedificación del mundo, descendientes degenerados de sus padres, vienen con sus recuerdos antiguos y su incapacidad presente; ensayan, tantene copian; en este primer período, la base de Jesucristo y la mezquita de Mahoma son hermanas, y solo cuando las exigencias del Evangelio y del Koran han hablado con bastante energía para que las piedras, el granito y el mármol les obedezcan, se separan las dos hijas de la misma madre para no aproximarse ya.

Entonces las dos ideas infatigables en el trabajo reunen en derredor de su simbolo visible todo lo que puede completarle; la basílica toma al momento la forma de la cruz griega, y despues no tarda en tomar la de la cruz latina que es la cruz de Jesucristo; eleva un campanario cerca de su pórtico, para mostrar desde allí con su dedo de piedra el cielo á aquellos á quienes sus campanas llaman; edifica doce capillas en memoria de sus doce apóstoles; coloca el coro un poco á la derecha, porque Jesús ha inclinado la cabeza hácia el lado derecho al morir, y hace en este coro tres ventanas, porque Dios es trino y toda luz viene de Dios. Vienen tambien los vidrios de mil colores, que apagando los rayos de la luz del día, formarán á todas horas un crepúsculo que disponga á la meditacion y á la plegaria; y viene el órgano, esa voz inmensa de las catedrales que habla todos los idiomas, desde el de la venganza hasta el de la misericordia, y la idea cristiana completa habrá llegado á

su mas alto grado de perfeccion en la catedral gótica del décimoquinto siglo.

Entre el pueblo musulman, por el contrario, para quienes todo debe dirigirse á la materia y nada al alma, entre quienes la recompensa de sus verdaderos creyentes, despues del placer de este mundo, será la voluptuosidad del paraíso, el monumento religioso toma otro carácter muy distinto. Su primer cuidado es abrir la bóveda á la sonrisa eterna de su cielo : hace saltar, bajo el pretexto de sus abluciones, surtidores de plata líquida cuyo solo murmullo refresca; las rodea de árboles frondosos y odoríferos, bajo cuya sombra llama á los ruiseñores y sus poetas, no reservando mas que un espacio estrecho y cuadrado donde yacerá el cuerpo del santo musulman al abrigo de una cúpula adornada de ingeniosos arabescos, y cerca del que se elevará el medeneh, torre de muchos pisos, desde la que el *muezzin* llamará tres veces al día á los fieles á la oracion, recordándoles las máximas fundamentales de su fe. Luego, tras la influencia religiosa vendrá la influencia local. El arte mahometano, aunque hijo de Bizancio, no pasará impunemente tan próximo á Persépolis y Delhy; sus arcos ensanchados en su centro, se volverán á cerrar en su base con una belleza persa, y la India le añadirá combinaciones ligeras y delicadas con las que cubrirá sus muros con un encaje de granito. Entonces y á su vez la idea mahometana se completará y reasumirá en su mezquita, como la idea cristiana en su catedral.

Por lo demás, los arquitectos de las dos ideas tienen de comun, que unos y otros por su parte han destruido para construir. Todos han reedificado su nuevo mundo con las ruinas del antiguo. Han encontrado el esqueleto tendido sobre la arena, y le han arrebatado sus huesos mas fuertes, sus mas elegantes maravillas: para los cristianos el Partenon, el Coliseo, el templo de Júpiter Stator, la Casa dorada de Neron, las termas de Caracalla, los anfiteatros de Tito; para los Arabes las pirámides, Tebas, Menfis, el templo de Salomon, los obeliscos de Karnac y las columnas de

Serapis. Y esto por disposicion de esa inimitable voluntad que no permite se crea nada de nuevo, sino que quiere que todo se encadene, y que por este encadenamiento ha dado á los hombres la explicacion de la eternidad.

Entre todos aquellos arquitectos y edificadores de ciudades, Ahmed-Ebn-Taylun, cuyo padre era jefe de la guardia de los califas de Bagdad, fué el que fundó el antiguo Cairo. Este conquistador nómade le llamó *Fostat*, ó la tienda, é hizo allí edificar la mezquita de Taylun. El fatimita Djuhaar se apoderó, en 969, de este campamento de piedras, trazó el sitio de la nueva ciudad, y la llamó Mars-el-Kakirah, la *Victoriosa*. A principios del siglo XII, Sallah-Eddin, lugarteniente de Nour-Eddin, conquistó el Egipto, y envolvió á la *Victoriosa* en su conquista. En su tiempo fué cuando Karacoush, su capitán, hizo edificar la ciudadela y las murallas que la rodeaban. Algunos años mas tarde, Beybar, el jefe de los musulmanes, mató á puñaladas al visir y reinó en su lugar; en fin, sus descendientes poseyeron tranquilamente el Cairo, hasta que en 1517 hizo Selim del Egipto una provincia turca. En estos diferentes reinados, y mientras se derrumbaba la ciudad de Ahmed-Ebn-Taylun, fué cuando la de Djuhaar vió sucesivamente elevarse sus espléndidos edificios.

El Cairo, que ocupa una inmensa extension de terreno, y cuya poblacion se eleva á trescientas mil almas, está dividido en muchos barrios, como las ciudades europeas de la edad media: el barrio de los Arabes, el de los Griegos, de los judíos y de los cristianos; solo que cada barrio está separado por dos puertas, en las que vigilan por la noche guardias. Como hemos dicho, estábamos nosotros en el barrio de los cristianos, llamado el barrio franco, y del cual es peligroso salir con traje á la europea; peligro al que debe el lector esta larga discusion arqueolo-cronológica, por la que humildemente le pedimos excusa, pero que hemos creído necesaria, una vez por todas, en una obra de este género.

VI.

EL CAIRO.

Al día siguiente, á la hora convenida, llegó nuestro mercader de ropas. Todavía en esta exactitud, como en otras muchas cosas, me vi obligado á reconocer la superioridad del sastre turco sobre el sastre francés. Algunos compatriotas, atraídos por la curiosidad de la operación, habiau acudido para asistir á nuestra metamórfosis. El sastre llevaba consigo un barbero, por cuyas manos, ó mas bien, entre las piernas del que nos hizo pasar antes de llegar á él. La ceremonia comenzó por mí; Mr. Taylor, que tenia que tratar de su mision, habia ido á casa del cónsul, y nos habia dejado dedicados á nuestro atavío.

Colocóse el barbero en una silla y me hizo sentar en el suelo. Luego sacó de su cinturón un pequeño instrumento de acero, que conocí era una navaja de afeitar, viéndole frotar en la palma de la mano. La idea de que aquella especie de sierra iba á resbalar sobre mi cabeza, hizo erizárame los cabellos, pero casi en el mismo momento encontré mis sienes sujetas entre las rodillas de mi adversario como en un torno, y comprendí que lo mejor que podia hacer era

no chistar. En efecto, sentí correr sucesivamente por todas las partes de mi cráneo aquel pedacito de hierro tan despreciado, con una suavidad, una destreza y blandura tales, que me llegaron al alma. A los cinco minutos, el barbero aflojó las piernas, levanté la frente y vi reirse á todos; me miré en un espejo; estaba completamente afeitado, y no me quedaba en el cráneo de mi cabellera mas que ese encantador tinte azulado que adorna la barba despues de bien afeitada. Estaba estupefacto con aquella prontitud; además, nunca me habia yo visto así, y me causaba alguna pena reconocerme. Busqué por encima de la protuberancia de la teosofía la mecha por la que el ángel Gabriel coge á los musulmanes para trasladarlos al cielo, y ni aun eso tenia. Me creí con el derecho de reclamarla; pero á la primera palabra que de ella dije, me respondió el barbero que este adorno no era adoptado mas que por una secta disidente, poco venerada entre las demás á causa del desarreglo de sus costumbres. Le detuve en medio de su respuesta, asegurándole que tenia decidido en mi corazón no pertenecer mas que á una secta perfectamente pura, puesto que mis costumbres siempre habian sido en Europa el objeto de la admiración general. Acordado este punto, pasé sin disgusto á manos del sastre, que comenzó por ponerme en la cabeza un casquete blanco; sobre este casquete blanco un tarbuch encarnado, y sobre el tarbuch un chal arrollado, que casi me trasformó en verdadero creyente. Pusiéronme en seguida mi bata y mi *abbaye*; el talle, como la cabeza, fué ceñido con un chal, del que colgué con énfasis un sable, y coloqué un puñal, lápices, papel y miga de pan. Con este traje, que no me hacia un pliegue sobre el cuerpo, mi sastre me aseguró que podia presentarme en todas partes. No lo puse en duda, y esperé con la mayor impaciencia, y como un actor que va á entrar en escena, á que el disfraz de mis compañeros se verificase. Preciso les fué, á su vez, sufrir á mi vista la operación que yo habia sufrido á la suya; y seguramente no era yo quien tenia mas mala cabeza. Por fin, terminada la toilette, bajamos la escalera,

franqueamos el umbral de la puerta, é hicimos nuestro debut.

Iba yo bastante embarazado en mi persona : el turbante me abrumaba la frente; los pliegues de mi bata y mi manto dificultaban el paso; las babuchas y los piés, todavía mal acostumbrados los unos á las otras, experimentaban frecuentes soluciones de continuidad. Mohammed marchaba á nuestro lado marcando el paso con las palabras : Poco á poco, poco á poco. En fin, cuando la viveza francesa se calmó un poco, y una acompasada lentitud nos permitió ejecutar el balance del cuerpo necesario para dar la gracia árabe á nuestro aire, todo marchó perfectamente. En suma, aquel traje, muy apropiado al clima, es infinitamente mas cómodo que el nuestro, puesto que no oprime el talle, y deja todas las articulaciones completamente libres. En cuanto al turbante, forma al rededor de la cabeza una especie de muralla por medio de la que traspira fácilmente, sin que el cuerpo tenga que temer por ello, lo que no deja de ser muy satisfactorio.

Habiendo pasado una media hora en mahometizarnos, comenzamos nuestras investigaciones. Nuestra primera visita fué al palacio del pachá; el camino que conduce á él estaba lleno de fragmentos de muchísimo gusto, de cuya contemplacion tenia Mohammed que sacarnos á cada minuto. Nada puede dar una idea de la delicadeza é ingenio de la ornamentacion árabe; así que el Cairo es grande por do quiera, lo mismo por sus detalles que por su conjunto; cuando deja ver solamente el extremo de una calle ó el rincon de una mezquita, que cuando descubre un panorama general con sus trescientos medenehs, sus setenta y dos puertas, su circuito de murallas, los sepulcros de sus califas, sus pirámides, su Nilo y su desierto.

Atravesamos rápidamente bazares suntuosos y calles cubiertas de tiendas; llegamos á la colosal mezquita del sultan Hassan, separada de la ciudadela por una plaza, de cuyo lado está la fachada principal. Tomamos el áspero camino que conduce al divan de José, cerca del que habia

un famoso pozo de que nos habia hablado Mr. Taylor. Es un edificio cuadrangular destinado á proveer de agua á la ciudadela, y cuya profundidad, segun dicen, es igual á la del rio : está excavado en la roca, y se baja á él por escalones iluminados en su parte superior por tragaluces practicados en la meseta del centro; pero llegando á cierta profundidad, es indispensable encender hachas.

La mezquita conocida bajo el nombre de *El divan de José*, está sostenida en columnas monólitas de un mármol admirable, de las que parten, por encima de sus capiteles corintios, arcos un poco entrantes, cuyo contorno está adornado de letras árabes, indicando versículos especiales del Koran. Continuando la ascension se llega á la plataforma; sobre este punto culminante es donde se levanta el palacio del pachá, monton de piedras, de columnas de madera, y pinturas italianas de un gusto detestable; y todo mal apropiado á las exigencias del clima.

Karacoush, capitán y primer ministro de Sallah-Eddin, fué quien, como hemos dicho, hizo construir la ciudadela, cavar los pozos y trazar las murallas de la nueva ciudad; así que su memoria es de las mas populares, y como era pequeño y jorobado, le dió su nombre á una especie de polichinela, que goza de la mayor libertad en las calles del Cairo, donde recita gesticulando las obscenidades mas escandalosas. La celebridad de su nombre ha sido entre nosotros casi tanto como Mrs. de Malborough y de La Palizza.

Nos acompañaba en nuestra excursion Mr. Msara, intérprete del consulado, antiguo dragoman de los mamelucos de la Guardia, á quien cuando llegamos, encontramos establecido en el parador; á esta antigua recomendacion unia una nueva industria, la del comercio de antigüedades; sabia, además, una multitud de anécdotas que le hacian uno de los mas apreciables cicerones. El fué quien nos explicó el magnifico panorama que teníamos á la vista desde el punto elevado á que habíamos subido.

La ciudadela domina todo el Cairo. Volviendo el rostro

al Oriente y la espalda al rio, á la derecha está el Mediodia, el Norte á la izquierda, y se abraza un horizonte inmenso; en los flancos, y á nuestros piés, se ven los sepulcros de los califas, ciudad muerta, silenciosa é inhabitada, pero en pié como una ciudad viviente: esta es la necrópolis de los gigantes. Cada sepulcro es como una gran mezquita, y cada monumento tiene su guardian, mudo como un sepulcro. Mas tarde iremos á visitarle con hachas, á evocar sus espectros y espantar sus aves de rapiña, que durante el dia están sobre las agujas que la coronan, y por la noche vuelan á las tumbas, como para avisar á las almas de los califas que les ha llegado su turno de salir. Detrás de esta ciudad monumental y mortuoria atraviesa la cadena del Mokattan, rocas áridas y escarpadas que reflejan hasta el Cairo los ardientes rayos del sol.

Volviendo del lado opuesto, se tiene bajo los piés la ciudad viviente en vez de la ciudad muerta; en el fondo de sus confusas y tortuosas calles, se ven circular lenta y gravemente algunos Arabes á pié, ataviados con su magnífico *msallah*, ó Turcos montados en burros; en otro sitio grandes reuniones que son sus bazares, de donde parten los sonidos que articulan los camellos con su tortuosa laringe, y las voces de los vendedores; un plano de cúpulas, semejantes á escudos de gigantes, un bosque de madenehs cual si fuera de mástiles ó de palmeras; á la izquierda el antiguo Cairo ó la *tienda* de Taylun; á la derecha Boulak, el desierto, Heliópolis; al frente, mas allá de la ciudad, el Nilo con su isla de Rondah; y en su orilla opuesta el campo de batalla de Embabeh; mas lejos aun, el desierto; al sudoeste, Gyzé, la esfinge, las pirámides, un bosque de frondosas palmeras, donde duerme el coloso y donde Menfis fué; por encima de sus copas, se ven otras pirámides; despues está el desierto, el desierto por todo su horizonte: un océano de arena inmenso como el océano verdadero, con su flujo y su reflujo; sus caravanas que le atraviesan como flotas, sus dromedarios que le surcan como lanchas; su *simoun* que le agita como un huracan.

Sobre la plataforma en que estábamos, si no me equivoco, es en donde el pachá de Egipto hizo metrallar en 1818 todo aquel antiguo cuerpo de mamelucos que habia convocado como para una funcion: habia acudido, como de costumbre, ataviado con sus mas bonitas armas, llevando consigo todas sus riquezas. A una señal dada por el pachá, la muerte estalló por do quiera; las bocas de los cañones cruzaron su llama y su hierro, y hombres y caballos rodaron mezclados en la sangre. Entonces toda aquella milicia se dispersó viéndose perdida, estrellándose en las murallas, dando gritos desesperados de furor y de venganza, mezclándose en confuso torbellino, dividiéndose en pelotones, esparciéndose como las hojas lanzadas por el viento, reuniéndose de repente y volviendo con un supremo esfuerzo á destrozarse el pecho de sus caballos en la rugiente boca de los cañones, huyendo en seguida otra vez, semejantes á una bandada de pájaros espantados, perseguidos en su carrera por la lluvia de bronce que los perseguia. Hubo muchos que se precipitaron entonces desde lo alto de la ciudadela, y cayeron al abismo con sus caballos; sin embargo, dos de entre ellos se volvieron á levantar; caballos y caballeros, aturdidos del golpe, se estremecieron un instante á la manera de las estatuas ecuestres cuyo pedestal sacudiese un temblor de tierra, y en seguida ambos caballeros y caballos volvieron á partir con la rapidez del rayo, atravesaron la puerta de la ciudad, que no estaba crerada, y se encontraron fuera del Cairo. Dirigiéronse al punto hácia la ciudad de los califas, pasaron por entre su silenciosa poblacion, cuyo suelo resonó como una catacumba, y llegaron al pié de la cadena del Mokattan, en el momento en que una partida de caballeria de la guardia del pachá salia de la ciudad en su seguimiento; el uno tomó el camino de El-Arich, el otro se internó en la montaña; la escolta se dividió y los persiguió.

Tenian algo de terriblemente maravilloso aquella rápida carrera á vida ó muerte y aquellos corceles del desierto atravesando la montaña fatigados, saltando por encima de las ro-

cas, salvando los torrentes, costeano los precipicios. Tres veces cayó el caballo de uno de los mamelucos, próximo á espirar y casi sin vida; tres veces oyendo el galope que le perseguía se levantó y volvió á emprender su carrera; por fin cayó para no volverse á levantar. Entonces el hombre dió un tierno ejemplo de fidelidad recíproca; en lugar de deslizarse de alguna roca en una garganta, y burlar á sus perseguidores ganando picos inaccesibles, se sentó junto á su corcel con la brida al brazo, y esperó; entonces los soldados le dieron muerte sin que profiriese una queja, sin que exhalase un suspiro. El otro mameluco, mas feliz que su camarada, atravesó El-Arich, ganó el desierto y llegó á ser gobernador de Jerusalem, donde le hemos visto, último y único resto de aquel cuerpo formidable, que treinta años antes rivalizaba en valor en lo mas escogido de nuestro jóven ejército.

Lo que especialmente nos llamó la atención en aquella correría, fué las orejas y narices que faltaban á muchas de las fisonomías que encontramos, lo cual daba á las buenas gentes de aquella manera mutiladas, el aspecto mas raro. Pregunté á Mohammed acerca de aquel extraño fenómeno; me respondió que aquellos honorables inválidos eran parroquianos del tribunal correccional del Cairo. Esto necesitaba una explicación: Mr. Msara, siempre oficioso y locuaz, nos la dió al instante.

El Cairo, país primitivo y que todavía no ha tenido tiempo de llegar á nuestra civilización, no tiene un ejército de polizontes para vigilar el ejército de los ladrones: por otra parte, las pesquisas mas minuciosas, la mas exquisita vigilancia, serian fácilmente burladas. El vigilado sale del Cairo, y ya está en el desierto. Ahora bien, la justicia tiene horror á la arena como al agua; todo mar le causa espanto: era preciso poner remedio á este inconveniente. Los kadí, á quienes incumbía esto especialmente, rebúscaron en su imaginación, y encontraron un medio ingenioso de distinguir los ladrones de las gentes honradas.

Cuando se ha perpetrado un robo y el ladrón es cogido,

lo que sucede algunas veces, el kadí hace se presente al acusado, le interroga, entabla su proceso, y cuando ha formado su convicción, lo que está hecho en el momento, coge con una mano la oreja del ladrón y con la otra una navaja de afeitar, y pasa diestramente el instrumento entre su mano y la cabeza del acusado; frecuentemente el resultado de esta maniobra es que le queda el pedazo en los dedos y el acusado se va mutilado de una oreja.

Compréndese que semejante procedimiento simplifica grandemente la acción de la policía. Si un ladrón apercebido ya por la justicia comete un segundo robo, no hay negativa posible, á menos que la oreja haya vuelto á salir, lo cual es muy raro; entonces se le corta la otra en virtud de este axioma de derecho: *non bis in idem*: si el ladrón es incorregible y vuelve á incurrir por tercera vez en la misma falta, el kadí coge entonces el rostro por el centro, y corta la nariz como ha cortado las orejas: corresponde ya á los ciudadanos del Cairo darse por advertidos cuando ven que se les aproxima una cabeza que carece de algunos accesorios, porque los propietarios tienen la ridiculez de sentir tanto su pérdida, que las buscan en todos los bolsillos que encuentran en su camino. Por lo demás, si en el Cairo sentís una mano en vuestro bolsillo, sacad vuestro puñal, cortadla é idos con ella; si tiene sortijas en los dedos, tanto mejor para vosotros: podeis estar tranquilos, el propietario no reclamará.

Acababa Mr. Msara de darnos esta explicación, cuando vimos al kadí en acción. El kadí sale por la mañana sin dirección fija; emprende su vuelo á través de la ciudad, y seguido de sus ejecutores, se instala en el primer bazar que encuentra; aquí se sienta al acaso en una tienda, contrasta los pesos y las medidas, examina las mercancías, escucha las quejas del público, é interroga al comerciante cogido in fraganti contravención; en seguida, sin abogado, sin juez, y sobre todo, sin dilación, pronuncia la sentencia, aplica el castigo, y continúa en busca de un nuevo delincuente. En este caso las penas cambian de aspecto: á pesar

de su semejanza, no se puede tratar á los comerciantes como á los ladrones; esto haria desaparecer la confianza del comercio; así que las condenasson comunmente las mas suaves, la confiscacion; las moderadas, cerrar las tiendas, y las severas la exposicion. Esta exposicion se hace de una manera muy particular: se le arrima al paciente de espaldas á su tienda, le hacen levantar los talones de modo que todo el peso de su cuerpo descansa sobre la punta de los piés; en seguida le clavan la oreja á la puerta ó al escarparte, lo que le da el aspecto de hacer puntas á la manera de Elssler ó de la Brugnoli; este ingenioso suplicio dura dos, cuatro ó seis horas. Inútil es decir que el paciente puede abreviarle practicando un desgarramiento; pero esto sucede rara vez; los comerciantes turcos tienen su puntillo de honor, y por nada en el mundo querrian semejarse á un ladrón por la falta del mas insignificante pedacito de oreja.

Me detuvo delante de uno de aquellos desgraciados que acababa de ser clavado en aquel mismo instante; ya me iba á apiadar de su suerte, cuando Mohammed me dijo que era un reincidente, y que si miraba de cerca sus orejas, las encontraría como una criba. Esto cambió completamente mis disposiciones con respecto á él; le restaban todavía en aquella situación siete cuartos de hora; era mucho mas que lo que yo necesitaba para hacer su retrato. Invité á los demás á que continuasen su camino acompañados de monsieur Msara, y que me dejasen á Mohammed, con quien yo me compondría; pero mi fiel Mayer no quiso abandonarme. Nos quedamos, pues, los tres: los demás continuaron su camino.

La composicion del cuadro era completa. El panadero, clavado por la oreja, estaba empinado, rígido como de una pieza, sobre la extremidad de sus pulgares, y cerca de él, sentado sobre el umbral de la puerta, el vigilante encargado de la ejecucion fumaba una pipa, cuyo contenido parecia haber sido calculado con el tiempo del suplicio. Al rededor de los dos personajes, se comprimía ó ensanchaba

el círculo de curiosos, segun que llegaban otros ó se iban los que ya estaban. Ocupamos nuestro sitio en uno de los lados, y comencé mi trabajo.

A los diez minutos, el panadero, viendo que no podia esperar piedad alguna del público, en el que probablemente reconoceria algunos de sus parroquianos, se atrevió á dirigir la palabra á su vigilante.

— Hermano, le dijo, un precepto de nuestro santo Profeta es que los hombres deben ayudarse mutuamente.

El guardian no tenia al parecer nada que objetar contra aquel precepto, y continuó tranquilamente fumando su pipa.

— Hermano, añadió el paciente, ¿me has oido?

El guardian no dió otra señal afirmativa que una gran bocanada de humo que subió hasta las narices de su vecino.

— Hermano, siguió este diciendo, uno de nosotros dos podria ayudar al otro, y ser agradable á Mahoma.

Las bocanadas de humo se sucedian con una regularidad desesperadora para el desventurado que pedia otra cosa.

— Hermano, continuó con voz doliente, pon una piedra bajo mis talones, y te daré una piastra; — silencio absoluto: — dos piastras; — pausa: — tres piastras; — bocanada de humo: — cuatro piastras.

— Diez piastras (1), dijo el guardian.

La oreja y la bolsa del panadero entablaron una lucha que se retrató en su fisonomía; al fin venció el dolor, y las diez piastras cayeron á los piés del vigilante, el cual las recogió, las contó una por una, las metió en su bolsa, dejó la pipa arrimada á la pared, se levantó, fué á buscar un guijarro del tamaño de un huevo de pavo, y le colocó con mucho cuidado bajo los piés de su vecino.

— Hermano, dijo el paciente, no siento nada bajo mis piés.

(1) Entiéndase que la piastra de que hablamos es la egipcia, que vale seis ó siete sueldos de Francia.

— Pues sin embargo, hay una piedra, contestó el guardián volviendo á ocupar su puesto, cogiendo su pipa y poniéndose á fumar; solo que la he elegido proporcionada á la cantidad. Dáme un talarí (cinco francos), y te pondré bajo los piés una piedra tan magnífica y apropiada á tu situacion, que te acordarás con pesar en el Paraiso del sitio que ocupabas á la puerta de tu tienda.

El resultado de todo esto fué que el guardián tuvo sus cinco francos, y el tahonero su piedra. Por lo demás, no sé cómo se terminó la discusion, habiendo terminado mi dibujo á la media hora.

Como el calor comenzaba á ser intolerable y nuestra correría estaba lejos de concluir, Mohammed hizo una seña, y nos trajeron dos burros magníficamente enjaezados. De seguro eran los animales mas listos que habíamos encontrado hasta entonces; pero habíamos salido con el objeto de diseñar, y no para ganar el premio de Chantilly. Los obligamos, pues, á marchar á nuestro gusto, lo cual no fué muy fácil, especialmente para Mayer, quien en su calidad de oficial de marina, no tenia afición alguna á la equitacion. Mohammed nos aseguró que antes de la entrada de los Franceses en el Cairo, jamás se habia visto galopar á un asno; los pacíficos cuadrúpedos, no bien experimentaron los ingeniosos medios que empleaban los recién llegados, tales como la punta de la bayoneta ó los pedazos de yesca encendida aplicados bajo la cola, adoptaron ese galope continuado que se ha perpetuado de generacion en generacion. Sin embargo, Mohammed afirmaba que en general tenia inteligencia para conocer la raza á que pertenecia su jinete. En efecto, he visto animales que reconocia por haberme costado un inmenso trabajo manejar la vispera, que caminaban tranquilamente bajo la direccion de un grave Turco, ó trolaban perfectamente oprimidos por las piernas de un mercader cophto: los que he visto alquilados por viajeros franceses, siempre eran verdaderos Bucéfalos.

Visitamos sucesivamente muchos bazares: cada bazar está dedicado á una sola clase de mercaderías, como cada

comerciante á un solo género de comercio, y cada esclavo á una sola especie de servicio. Comenzamos por el bazar de los comestibles: habia allí en primer lugar, y mas que nada, arroz, que es el género mas fácil de trasportar y el principal alimento de la poblacion; además pasta de albaricoque en rollos como alfombras, cada uno de los que tenia de veinte y cuatro á treinta piés de largo, por tres á cuatro de ancho; esta pasta se vende por varas, lo cual destruye en parte la idea que en Occidente tenemos de los dulces: además dátiles escogidos, dátiles muy maduros y dátiles muy verdes, prensados y hecha una masa de forma cúbica que pesa de ciento á ciento cincuenta libras; esto y el arroz constituye el mayor alimento del pueblo; con la diferencia de que el uno es considerado como comida y lo otro como postre: por lo demás esta pasta se vende á bajo precio.

Los bazares de telas tienen muchas riquezas; vense allí en gran profusion los chales de la India; su precio me pareció era próximamente la mitad de lo que cuestan en Francia. El bazar de las armas es suntuoso; especialmente las armas blancas son magníficas, particulares y de un trabajo exquisito. Es raro encontrar ni puñales ni sables montados; hay que comprar la hoja, hacer que un armero la monte, llevarla en seguida al estuchista para que la ponga vaina, luego al tallador para que la adorne, en seguida al pasamanero para que la coloque los cordones, y por último al contrastador para que la marque con el punzon. Algunas hojas son de un precio exorbitante; valen hasta 2,000, 2,500 y 3,000 francos.

Para facilitar las compras, recorren los Judíos los bazares, y proponen cambiar oro y plata, ó prestan fondos á personas conocidas que necesiten mas cantidad que la que han llevado: al primer golpe de vista se les conocia en sus trajes negros, prohibiéndoles las leyes suntuarias del Koran cualquier otro color.

Para terminar el dia fuimos al bazar de las mujeres. El edificio en que están encerradas está dividido en mezquinos patios cuadrados en cuyas paredes se ven una especie de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

de 1625 MONTERREY, MEXICO

jaulas : á la mitad de la altura de cada patio hay un piso dividido en dos : en el superior hay departamentos mejor dispuestos reservados á las esclavas de precio.

Entramos en los patios y encontramos las mercancías que queríamos visitar completamente desnudas para que pudiéramos al primer golpe de vista apreciar sus cualidades, hallándose divididas por colores, por naciones, y por edades : habia allí Judías de facciones graves, de nariz recta, de ojos rasgados y negros; Arabes de tez bronceada con brazaletes de oro en las piernas y brazos; Nubias de cabellos trenzados sumamente finos, sacada la raya por el centro para que caigan á derecha y á izquierda; entre estas, á pesar de que todas eran negras, habia, sin embargo, dos clases para la tarifa; consiste esto en que algunas pertenecen á una raza que tiene el privilegio, cualquiera que sea el grado de color de su país, de conservar su piel fresca como una lechuga, lo cual es de un precio inestimable para el amo en aquel clima ardiente donde todo el que respira pasa diez horas al día buscando el fresco. En fin habia tambien jóvenes griegas llevadas de Scio, Naxos y Melo, entre las que se hallaba una de gracia y belleza encantadora, cuyo precio pregunté y me contestaron era de 300 francos.

Todas estas esclavas están al parecer alegres, porque alimentadas perfectamente por los comerciantes sus amos, golpeadas á la menor falta que cometen, ó mas bien al capricho de sus dueños, ninguna situacion es peor para ellas que la de permanecer en el comercio. Asi que no hay gesto, sonrisa, promesa muda y lasciva que no hagan éstas desgraciadas á los compradores que las visitan. Los comerciantes las tratan absolutamente del mismo modo que á bestias : no hay caballo en el mercado en que pueda ejercitarse de una manera mas sencilla y completa la curiosidad del aficionado que en aquellas desgraciadas criaturas. Por lo demás, bajo aquel clima de fuego una mujer no es ya joven á los veinte años.

Tambien se encuentran en este bazar los Judíos; pero aquí venden trajes. Como la paga se hace en el mismo

momento de la compra y la mercancía está completamente desnuda, el comprador no puede llevarla sin cubrirla al menos con un manto.

En las inmediaciones de cada bazar hay magníficas fuentes : por lo regular son monumentos bonitos, suntuosos y aislados y cuya entrada cierra un enverjado de bronce. De cada ventana cuelga un caldero de cobre suspendido por una cadena; se pasa el brazo á través del enverjado, se saca agua, se bebe y se vuelve á dejar caer el caldero, casi siempre esperado por otra boca sedienta. Cerca de cada fuente hay siempre una docena de Arabes sentados : dan vuelta al monumento con el sol; de modo que siempre tienen las dos cosas mas apreciadas en aquel clima : agua y sombra.

Salimos del bazar tan preocupados con lo que acabábamos de ver, que dejamos á nuestros burros dueños de conducirnos donde quisieran; cuando nos encontramos, al tomar por una calle que conducia al barrio franco, marchando delante, una multitud de mujeres que iban al baño montadas en mulas cubiertas con mantillas de seda blanca, y se adelantaban conducidas por un eunuco con las armas del pachá. Colocóse todo el mundo en fila por el camino que debian recorrer, los hombres inclinando el rostro á la tierra ó volviéndole hácia las paredes, de modo que solo Mayer y yo quedamos en medio de la calle. Mohammed, que vió el peligro, cogió al punto mi burro por el ronzal y se apartó al ángulo entrante de una casa, gritando á Mayer : ¡ á la izquierda ! á la izquierda ! señor Francés, á la izquierda !

Pero el consejo á lo que parecia era mas fácil de dar que de seguir; Mayer en su cualidad de marino no entendia sino cuando se le decia á estribor ó babor : así que por temor de cometer una falta refrenó las bridas; de modo que su burro reculó como el de Balaam. En aquel momento se encontró frente á frente con el eunuco; este, acostumbrado á separar todos los obstáculos con una seña, levantó un palo y sacudió en la cabeza al burro. Este se encabritó, Mayer perdió los estribos y le faltó poco para caer; pero aferrándose como pudo al borren la silla y al cuello del

animal, volvió á apoyarse en ella, y dirigiéndose á su vez al eunuco que no se acordaba ya de él, le tendió en tierra del puñetazo mas magnífico que recibió jamás rostro de eunuco; en seguida, como verdadero parisiense, le arrojó su tarjeta que habia trasladado del bolsillo de su chaleco al de su abbaye, á fin de que si el eunuco no estaba contento supiese donde hallarle. Pero este, asustado con un tratamiento á que estaba tan poco acostumbrado, se incorporó sobre las dos rodillas, y viendo á Mayer que le presentaba un papel le besó humildemente. Mayer, satisfecho de aquella demostración, verificó al fin la maniobra indicada por Mohammed, y tomando hácia la izquierda se reunió á nosotros, mientras que la comitiva detenida un instante continuó su camino hácia el baño.

Apenas Mayer estuvo con nosotros, Mohammed, sin decir una palabra, cogió con ambas manos las bridas de sus burros y emprendiendo el galope, nos llevó por una multitud de callejuelas, y al terminar aquella carrera, entramos al mismo paso en el patio del consulado francés. Allí preguntamos al fin á nuestro intérprete la razon de aquella carrera muda y forzada; mas él no nos dió otra respuesta que estas palabras: *decid al cónsul — decid al cónsul.*

En efecto, este era el camino mas corto para saber á qué atenernos; subimos á ver al vice-cónsul para referirle lo que habia pasado: nos escuchó con terror, y terminada nuestra relacion:

— Vamos, dijo, por fin todo ha concluido del mejor modo posible; mas si el eunuco os hubiese hecho dar de puñaladas en la plaza, ni aun me hubiera atrevido á reclamar vuestros cadáveres.

Lo que nos habia salvado es que el imbécil, al verse castigado de aquella suerte, habia pensado que no podíamos menos de ser dos grandes personajes y habia tomado la tarjeta de Mayer por un *firman*.

Permanecimos ocultos en el consulado hasta la noche, y luego que esta llegó nos hicieron volver á conducir directamente á nuestro barrio.

VII.

MOURAD. — LAS PIRAMIDES.

El 1º de julio de 1798, tocó Bonaparte la tierra de Egipto, cerca del fuerte Marabout, á alguna distancia de Alejandria.

Ved aquí cuál era el estado político del Egipto cuando ese suceso acaeció. Esto nos llevará naturalmente á hablar de las causas de la expedicion, cuyos principales sucesos es indispensable que refiramos, tantas huellas han dejado en los lugares que vamos á recorrer.

La Puerta no tenia mas que una autoridad ficticia en Egipto: su pachá Seid-Abou-Beker estaba mas bien cautivo en la ciudadela del Cairo, que mandando en la ciudad; el poder real era el de los dos heys Mourad é Ibrahim, el primero emir-el-hadj, ó príncipe de los peregrinos, el segundo cheik-el-belad, ó príncipe del país.

Hacia veinte y ocho años que aquellos dos hombres tan opuestos el uno al otro se repartian el Egipto, como un leon y un tigre se dividen la presa. — Como un leon y un tigre, el uno arrebatava por la fuerza y el otro por la astucia algun jiron de aquel rico país á su aliado; pero jamás se prolongaba mucho la querrela. Al escuchar los